

EL MITO EN EL ARTE:

UN HUICHOL PINTA SU REALIDAD

PETER T. FURST

Ramón Medina Silva, indio huichol que es artista y *mará'akáme*¹ creador de las extraordinarias pinturas de estambre que reproducimos aquí, dijo una vez que si bien los primeros huicholes “partieron hace mucho, han quedado muy atrás”, todavía están presentes ahora. Lo que Ramón quiso decir es que si uno es huichol, “ si uno tiene corazón huichol”, el pasado y el presente se funden para conformar la realidad histórica y social tal como la perciben los huicholes. Sin importar cuánto tiempo haya transcurrido, cada generación vuelve a instruirse en el pasado y, en lo posible, procura orientar su existencia y comportamiento de acuerdo con él.

Este sentimiento de “ ser huichol”, con la superioridad implícita de lo huichol respecto de todo lo que el mundo exterior –español colonial o mexicano moderno-ofrezca, aunado a lo abrupto y virtualmente inaccesible del territorio que ocupa en la Sierra Madre Occidental de México, han contribuido a conservar las aproximadamente 10 mil personas de habla huichol como el único grupo indígena importante de toda Mesoamérica cuya religión y cosmovisión aborígenes se mantienen intactas, con apenas una mezcla superficial de elementos europeos. Ramón lo expresa de la siguiente manera: “Hace ya mucho tiempo que *Tatewarí*, Nuestro Abuelo y la Sagrada Persona Venado *Káuyúmarie* enseñaron a la gente a vivir como huicholes, pero como la relación se conserva desde aquellos tiempos, aquellos tiempos muy antiguos, repitiendo y repitiéndolo todo, de uno a otro, nuestros bisabuelos, nuestros abuelos, todos, por eso es que la conocemos. Todo lo de aquellos antiguos tiempos. Por eso todavía se sabe. Por eso vive en nuestros corazones. Como se lo relato a Usted”.

¹ No es fácil traducir al castellano el término huichol *mará'akáme*. En su personase combinan las funciones de chamán, es decir hechicero, curandero, sacerdote y guardián de los cantos sagrados y las tradiciones de su pueblo. Para alcanzar la dignidad de *mará'akáme* el individuo se ha de sujetar a un largo y arduo proceso de autoinstrucción que requiere gran fortaleza física y espiritual y mucho dominio de sí mismo; ante todo de una sensación de equilibrio interior, espiritual. Para ser un *mará'akáme*, un hombre tiene que haber participado por lo menos en cinco peregrinaciones a Wirikuta, la tierra sagrada del peyote en San Luis Potosí, y probado su habilidad en estas búsquedas del peyote para asumir completa responsabilidad por el grupo de peregrinos que guía. Durante la búsqueda adopta la identidad del *Mará'akáte Tatewarí* (Nuestro Abuelo), Fuego deificado y principal deidad de los huicholes, quien en tiempos antiguos fue el guía de la primera búsqueda del peyote.

Ramón no solamente lo relató oralmente, siendo un narrador nato, lo hizo de manera estupenda. Un día, no mucho después de que había decidido que nuestro interés por su religión y la visión huicholas del mundo era genuino y no representaba ninguna amenaza, se dispuso a hacer algo completamente nuevo en su experiencia artística. Se trataba de verter la rica literatura oral, a la que había convenido iniciarnos, en una forma narrativa bidimensional.

La traducción bidimensional de la visión nativa del mundo es algo que los antropólogos frecuentemente solicitan de sus informantes en el campo. Los resultados pueden ser auxiliares inestimables para comprender mejor el universo indígena. Esto es útil sobre todo en aquellos casos en que no existe un equivalente verbal para lo que el informante percibe como su realidad, o en todo caso ninguno que el extranjero pueda entender. Con mayor frecuencia, sin embargo, por muy dotado que sea el informante en las artes orales, le resulta difícil o inclusive imposible llevar a cabo una transcripción satisfactoria de su propia experiencia interior multidimensional a un medio extraño bidimensional. Con Ramón no tuvimos ese problema. Se trataba de un individuo excepcional; no solamente un artista de talento constantemente en búsqueda de nuevos modos de expresión, sino también un especialista religioso dedicado por entero a la conservación de su mundo y a menudo dado al pensamiento y la especulación filosóficos.

Ramón nació en pequeño rancho llamado Las Cuevas en el distrito de San Sebastián, una de las cinco regiones territoriales semiautónomas que constituyen actualmente la patria de los huicholes. Su superficie total mide aproximadamente sesenta kilómetros de norte a sur y cuarenta de este a oeste; como no hay caminos que lleven al interior, los ranchos familiares huicholes, harto desparramados (no hay pueblos ni caseríos), resultan accesibles únicamente a pie, a caballo o aterrizando en avión en alguna de las pocas pistas no pavimentadas de las mesetas, desde donde se ha de caminar hasta llegar al lugar deseado.

..Cuando conocimos a Ramón, en 1965, tenía unos 39 años de edad². Había radicado por cuatro años en las afueras de Guadalajara con su esposa e hija adoptiva, *Uráme*. Allí, en la orilla norte de la segunda ciudad de México, había recreado un mundo huichol en miniatura, un microcosmos indígena allende las fronteras de la patria huichola: una choza pequeña y sin ventanas, con una enramada de estacas y hojas de palma y una pequeña milpa de maíz y frijoles donde, salvo por el tráfico ocasional del tránsito, uno podía olvidar que no se hallaba en la sierra sino a unos cuantos metros de la carretera Guadalajara – Saltillo. En aquellos tiempos, entre 1965 y la primavera de 1967, cuando el crecimiento urbano ahogó el ranchito y Ramón decidió volver a la sierra, cualquier mañana podía uno encontrarse a la sombra de la enramada con una asombrosa variedad de visitantes: hombres, mujeres, jóvenes, viejos, mestizos y, en especial, huicholes. Para estos últimos el ranchito urbano de Ramón era un refugio, un

² Ramón Medina murió en 1971.

mundo familiar amigable, huichol, dentro de la ciudad desconocida, un lugar donde hallar el habla y la música huicholas, comida, o, cuando menos, un techo bajo el cual cobijarse en la confianza de su propia gente.

Sin embargo, lo más importante era que Ramón era un intermediario, con los misterios de la civilización urbana, ya que él parecía enlazar con asombrosa facilidad el enorme abismo entre el mundo huichol y el México urbano. Esto no quiere decir que los huicholes se acobarden o sientan intimidados fácilmente ante lo desconocido o lo poderoso; su sentimiento de dignidad y de valor propio es demasiado grande como para que les suceda eso. Los huicholes no tienen por qué estar en busca de su identidad, como nos sucede a tantos, pero las barreras de lenguaje y cultura pueden resultar irrebasables, especialmente cuando se es pobre y los demás parecen tan ricos.

Había ocasiones en que los dos mundos, el indígena y el urbano, convergían simultáneamente en Ramón, ambos solicitando su auxilio. Recuerdo que una vez llegó un viejo huichol vestido pobre y andrajosamente; según supe después, era nada menos que el *'uquiyári* (jefe, guardián, gobernador) de uno de los cinco distritos huicholes. Siendo él mismo tan pobre como cualquiera de quienes lo escogieron su *'uquiyári* (a los gobernadores huicholes los elige anual o semestralmente un consejo de jefes de familia locales), y apenas capaz de darse a entender en español, había acudido a Ramón en busca de ayuda para negociar con el gobernador del Estado de Jalisco la obtención de maíz suficiente para vencer el hambre de su gente hasta la próxima cosecha. Poco después apareció un mestizo cristiano que pidió a Ramón lo curara del *susto*, afección para la cual el médico del hospital no tenía medicamento (probablemente no lo habría catalogado como enfermedad, en todo caso); el mismo padre, con la ayuda de la Virgen de Zapopan, no había podido hacer nada. Seguramente Ramón, por ser indio, tenía el conocimiento esencial y el poder mágico que ahuyentarían al mal que lo estaba matando.

Nosotros pensamos que la yuxtaposición era irónica: dos mundos concertándose en Ramón, buscando su intervención, el uno en pos de su conocimiento de las costumbres de la ciudad, el otro en pos de los poderes mágicos que la ciudad (o por lo menos algunos de sus habitantes) le adjudicaba precisamente porque era indio. Pero a Ramón no le parecía irónico: se veía a sí mismo a horcajadas entre los dos mundos, aprendiendo a lidiar con ambos, disfrutando de cuantos beneficios materiales le brindara uno mientras su corazón seguía firmemente comprometido con el otro.